



Pablo Carbonell

Pepita



DESTINO

Pepita

Pablo
Carbonell

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1463

© Pablo Carbonell, 2019
Por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-233-5532-7
Depósito legal: B. 4.177-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

¡Pasajeros al tren!

No respire sobre esta página. Para un lector del siglo XXI es difícil soportar la cantidad de partículas de hollín suspendidas al paso renqueante y codicioso de una locomotora del siglo XIX.

Pase dentro de los vagones, siéntese en sus asientos de roble y asómese por la ventanilla. Montañas de escoria tendrán el detalle de transportarle al planeta rojo en lo que tarda en darse un garbeo en el tren chuchú de la instalación minera.

Observe las máquinas antiguas, arrumbadas en los márgenes, como caparazones de escarabajos del tamaño de triceratops, oxidadas por el tiempo, abocadas a su desaparición por la vía de la herrumbre silenciosa...

—¡Pipas, cacahuetes, caramelos, peta zetas, oi-gaaaaa, llevo la chuche...!

Mire a esa pareja de jóvenes amorosos. ¿Qué hacen ahí con esos cuadernos en el regazo, esas cámaras colgando del cuello? ¿Planes de futuro? ¿Hablan de su felicidad a la orilla del mar? No nos interesan. Miremos en otro vagón.

Aquí tenemos a un hombre peculiar. Es serio, o eso parece, y norteamericano, o eso nos tememos, calza botas de montar, pantalones vaqueros raídos, una camisa de cuadros y un chaleco de tahúr de un terno que pasó a mejor vida. Atado al cuello lleva un pañuelo rojo que parece salido del bolsillo de los vaqueros de Bruce Springsteen. Sobre sus hombros sostiene un abrigo largo de piel oscura. No sabemos si nos recuerda a un forajido de leyenda, a un sacerdote de una iglesia zarrapastrosa o a un científico trastornado que busca respuesta a cosas que nadie ha preguntado. Bajo su sombrero tejano asoma un flequillo parecido al de Norman Bates cuando interpretó a Anthony Perkins. Fue al revés, pero yo sé lo que me digo. Creo.

Ojos azules, chicos, protegidos por unas gafas con montura dorada, nariz larga, boca fina, hoyuelo en la barbilla, barba de tres días de relente, nuez del tamaño de la rodilla de un pingüino, pecho hundido bajo el peso de la introspección y vientre inexistente. ¡Oh! Lleva una canana en el cinto. Uno de esos cinturones donde alojar las balas de una pistola de tambor centelleante. Pero no lleva balas, lleva tubos de ensayo. Diminutos tubos de ensayo con tapones de goma. ¿Este hombre es real? Por qué no iba a serlo. Tiene treinta y dos años y calza un cuarenta y cuatro. Esto es una novela. Yo soy el que narro. Mejor dicho, el que narra. Le cedo la palabra a un joven tarambana que sostiene un micrófono junto al maquinista. Yo miraré por la ventanilla.

—Buenos días a todos y a todas, me llamo José María, pero creo que soy la única persona que me

llama así, el resto me llama Tarugo, supongo que de forma cariñosa. Hoy es mi primer día como monotertuliano turístico en este tren. Espero que mis comentarios les ayuden a apreciar lo que están viendo y olisqueando. Si miran a la derecha podrán disfrutar de estas montañas de escoria de cuarenta metros de altura. Si miran a la izquierda verán que hay más escoria. La vida misma. No te puedes fiar de nadie. Miren allí. ¿Se han fijado en esa montaña? ¿A que parece un perro tumbado? Yo tenía una perra que era igual que esa montaña, de hecho se llamaba Escoria. Muy cariñosa, solo me mordió seis veces.

El hombre peculiar se ajusta el sombrero tapándose la cara, cruza los brazos y coloca sus botas de montar sobre los asientos de enfrente y de repente el hombre peculiar es el vaquero, el vaquero de la novela, por esas cosas de la viveza de los personajes.

Tarugo sigue la explicación.

—Y aquí vemos a un futbolista solo, jugando al fútbol. Vean cómo le da patadas, izquierda, derecha, derecha, izquierda, al esférico. Esta es la alegoría con la que nuestra compañía de turismo exótico-rústico hace referencia al deporte denominado fútbol. Ese deporte que tantas desgracias ha traído al mundo se jugó por primera vez en España en esta comarca, aumentando el empobrecimiento moral de sus moradores, mermando su capacidad analítica y creando una burbuja impermeable a los problemas reales. Y cuando digo reales no me estoy refiriendo a los problemas que da la casa real, aunque tampoco está mal traído.

Desde el tren un niño vestido de jugador del Real Madrid le alcanza al futbolista en plena cabeza con una piedra lanzada con un tirachinas.

—Hagan el favor de no disparar a los actores. Aunque estén vestidos de futbolistas, son personas normales. Hay que ver qué gente. Se creen que estamos en un tren del oeste cazando bisontes.

Riocochino querido

Riocochino es una calle cuesta arriba. A sus márgenes están las casas y a su alrededor los eucaliptos. La tierra es roja y le gustaría ser republicana, pero no la dejan.

Este pueblo ha sido testigo amordazado del arramplé de la impiedad; una falta de escrúpulos que ha chupado la sangre de la tierra sin mirar el destrozo que provocaba en sus vertientes. Bien traída la palabra «vertiente» a este contexto.

Todo lo prescindible se ha amontonado en cualquier sitio que no estorbara o se ha vertido a los ríos, a los cielos, envenenando lo imprescindible, para que el hombre del campo, en equilibrio con su entorno, pudiera vivir de su deslome diario. Cachendiez, lo serio que me he puesto.

Vamos a cambiar de tema. Vamos a hablar del pueblo. ¡Oh, qué bonito es Riocochino! ¿Riocochino? Riocochino es un pueblo blanco encalado con tejados de teja, valga la reiteración. Sus calles de empedrado irregular dejan entrever sabandijas de toda laya. Tarugo me contó que una vez...

—Cogí un gusanillo que asomaba por una rendija del suelo y resultó que era un escorpión, un bicho precioso que mi madre, con su habitual falta de sensibilidad para la belleza, mató de un pisotón, pobrecito. Con lo que me gustaba.

Un suelo arcilloso y desnutrido asoma enfermo por el embozo de una colcha de hierba insalubre. Un suelo enfermo, sobre el que podríamos leer en braille un pasado de bárbara ceguera medioambiental. A los habitantes les cuesta aparentar dignidad tras tanto golpe bajo, pero se lleva, porque la dignidad es parte imprescindible del acarreo diario, sin ella no te levantas. O te sacudes las deposiciones de la mezquindad o te quedas arrumbado en la era del tiempo. Como ven, intento hacer descripciones de fuste humorístico, pero la somanta que le han atizado a esta tierra se me sale por las costuras.

Los personajes de la dramedia

Curro es bueno pero tiene matices que tienden al gris en conducta y a la tontez en razonamiento.

—La culpa es de las circunstancias y del equilibrio de supervivencia.

Por él sentimos cierta misericordia, ya veremos por qué. Frente despoblada hasta la coronilla, cejas pobladas hasta el susto, mentón en retirada por melifluo, ojos saltones de pura búsqueda y manos en las que adivinamos la concavidad producida por el mango de una soleta o azada que marcó su surco en sus palmas para siempre. Camisa blanca de currante más que de poeta, chaleco de figurante de zarzuela, pantalones sufridos milrayas de impreciso destello y zapatos gastados de ir detrás de una zanahoria escuroidiza nos dan unas pinceladas al cuadro de hombre de difícil observación pintado a brocha gorda.

Junto a él está el cura, don Malaquías. ¡Glups! Don Malaquías es el malo de la novela. Su voz es chillona pero lo disimula pronunciando sus sentencias con esa beatitud que han copiado tantos políticos de la post Transición. Don Malaquías —a partir

de ahora, para este narrador, solo Malaquías— viste traje gris perla con alzacuellos y lleva una maricone-
ra como alcancía portátil. De su cuello cuelga un
crucifijo para dotarse de respeto y alejar al maligno.
Algo, lo que sea, que no termina de conseguir por la
evidente ecuación de que los extremos se tocan.
Malaquías se peina con la raya a la derecha porque
cree que así recuerda más a Cary Grant. A él le en-
cantaría ver a hombres en la iglesia, un gusto que los
parroquianos no le conceden.

—Curro, aquí..., ¿te acuerdas?, aquí tenía yo
abierta la Charcutería del Cura, jamones, paletillas,
lomo, lomito, morcilla, chorizo, salchichón, morcón,
todo curado. Y vino, que no falte el vino en la mesa
de un buen cristiano, y venga a vender, y venga a
vender. Ay, señor, ¡cuánto abandono! ¿Por qué pa-
gamos entre todos los pecados de codicia de unos
cuantos?

Más adelante:

—Y aquí, Curro, vendía yo camisetas, gorras,
gorros, gorrillas, postales, rotuladores, merchandi-
sing puro y duro, lo que le gustaba a la gente llevarse
recuerdos de su visita a nuestro pueblo, que si un ce-
nicero de cerámica, que si un porroncito para el acei-
te, y hasta hacía fotocopias. Fotocopias, ¡ay! Un pue-
blo sin un sitio para hacerse una fotocopia es un
pueblo del que Dios no debería dejar piedra sobre
piedra.

Curro lleva los pulgares dentro de su chaleco y
tamborilea nervioso sobre su tripa un ritmo neuróti-
co que aprendió en el servicio militar.

—Estoy preocupado, Curro, cuando la holganza se instala en el corazón de una comunidad el pecado campa a sus anchas y yo estoy solo. Maldito sea el tiempo libre. —Malaquías patea una piedra incauta que se cruza en su camino—. No te creas que estoy amargado por eso, pero sí triste. No lo notas. Estoy tristón. No sé... No sé si un día de estos voy a coger la metralleta del obispo y voy a poner un poco de orden. ¿Qué quieres que te diga? Yo a Dios lo siento ocioso, y para mí que eso es una señal de que la tengo que montar gorda.

Los pensamientos de Curro se balancean de una cuerda unida por un nudo gordiano a la campanilla de dentro de su garganta. Está buscando el momento idóneo para hablar. Sabe que ahora no está el horno para bollos pero el silencio le resulta asfixiante.

—Padre, yo quería hablarle de que...

Malaquías salta, ¡boing!

—¡¡No me irás a decir que no me vas a pagar el alquiler!!

—Pues..., sí, padre.

—Mira, mira..., para eso mejor que se abra el mar Egeo y nos trague de una vez por todas. ¿Te estoy contando la angustia que se me extiende por el cuerpo como el tifus y tú me vienes con una nueva plaga, la morosidad?

—Ya, yo no quería darle ese disgusto, pero es que...

—Es que, es que... ¡Es que las cuentas de la Tierra hay que llevarlas al día! ¡Mejor que las del Cielo! A esas siempre se les puede dar una mano de chapa y

pintura en el último momento, pero las cuentas pendientes..., y siendo yo quien soy...

—Ya, padre, pero es que en todo el mes no hemos tenido ni un solo cliente. Como si hubiera habido una epidemia de lo contrario al turismo; desturismolitis, o como se llame eso.

—Curro, no me obligues a que te despoje de mi manto protector porque el daño te morderá las entrañas más a ti que a mí.

—Don Malaquías, desde que murió mi esposa, que el Señor guarde en su gloria, esa posada es nuestra vida y ahí nos la dejamos enterita. Mi hija, además de trabajar fuera, tiene las habitaciones como los chorros del oro.

—¿Tu hija...?

Al párroco se le ponen los ojos como las brasas del deseo, en el caso de que el deseo, a base de mundanidades tenga brasas, que yo creo que sí, o algo peor. Todavía peor.

—Pepita...